

PARTE 1

LOS DIARIOS DE ROMÁN

CAPÍTULO I

LA GUERRA

UN peligro terrible parece abatirse sobre nosotros. Incluso en este refugio de la paz de espíritu se advierte la sombra de la amenaza. Los rostros se han hecho más rígidos; las conversaciones, más crispadas; las miradas, más fugaces, como si temieran cruzarse con los ojos del enemigo. La atmósfera del noviciado se ha vuelto espesa y acre. Tampoco faltan los signos que anuncian la guerra civil: los hermanos se dividen en grupos suspicaces, las discusiones giran hacia la hostilidad manifiesta, un brillo asesino asoma en algunos semblantes, menudean los conciliábulos bajo el secreto de la noche e incluso a plena luz del día. Son, por fortuna, casos aislados, pero tienen valor de síntoma. Antes hallábamos consuelo y amor en las graves piedras frías y húmedas que aquí, en este monasterio, nos abrazan con sus bóvedas; ahora esas mismas piedras cambian de cualidad y empiezan a desplegar un efecto funesto sobre los espíritus, como los muros de la cárcel que aplastan la voluntad del preso. Todo se oscurece.

En el jardín, los lilos se han agostado. Mal presagio.

Esta noche han llegado a la comunidad nuevos fugitivos en busca de asilo. La descomposición de las iglesias está provocando una numerosa diáspora: desde hace años son centenares los que cada día abandonan la capital, frecuentemente perseguidos, y buscan refugio entre los muros de los cenobitas. Primero fueron los teólogos, expulsados de sus cátedras por dictar un saber inútil; no pocos prefirieron vender su primogenitura y renunciaron a la fe para mantener su púlpito. Después les tocó el turno a las religiosas, acusadas de atentar contra el principio de placer. Los que han venido en este último

reemplazo, jóvenes monjes en su mayoría, traen el miedo esculpido en el rostro: uno se asoma a sus miradas y descubre horizontes ominosos. Cuentan que también entre ellos han sido muchas las deserciones. Así está muriendo el espíritu.

*

Lección de Teodicea en el jardín: la flor como expresión perfecta de la razón divina, también como testimonio del principio creador. El Maestro ha dibujado la arquitectura de la hortensia, del azulejo, del cosmos, del áster de China, de la boca de dragón... Iba grabando el esqueleto íntimo de cada estructura vegetal con trazos azules de minuciosa paciencia, sobre grandes planchas transparentes que dejaban ver, al otro lado, el modelo original. Después el Maestro ha superpuesto todas las planchas y de la fusión de arquitecturas singulares ha surgido una arquitectura general nueva, un prodigio de regularidad que era distinto a todas las flores distintas, pero que a la vez las englobaba a todas en una ley común. Así es la razón de Dios: la última ley de leyes, la regla suprema que engloba a todas las reglas, pero que no obedece sino a sí misma, y que es distinta a todas las reglas y leyes de la razón.

Reflexión: Dios, que no es las cosas, está en ellas; todas ellas son manifestación y a partir de todas ellas puede reconstruirse el camino que conduce de nuevo a Dios. Las arquitecturas singulares de todas las flores pueden sintetizarse en una sola Gran Arquitectura que da razón de la flor; ésa sería su esencia destilada. Pero lo mismo debería ocurrir, hasta el infinito, con todos los elementos de la creación. He sugerido al Maestro un ejercicio complementario: una vez hallada la arquitectura primigenia de la flor, hacer lo propio con la arquitectura mineral y, en un paso aun superior, fundir una y otra, lo vegetal y lo mineral, buscando su matriz común más allá de los reinos cerrados de la naturaleza. El Maestro ha musitado, meneando la cabeza: «Debería bastarte con las flores».

Por eso Nigromontano, que no dejó ningún retrato de sí mismo, legó, sin embargo, en herencia este fértil jardín.

*

La pesadez ominosa que flota en el aire parece capaz de contagiar incluso a quienes hacen profesión de distancia, de aislamiento del mundo. Es una especie de irritabilidad pueril que se manifiesta en los detalles más nimios y que suscita en los hombres una exasperación irracional, sin causa. Tal vez estemos acercándonos a una de esas grandes crisis que de cuando en cuando abren el telón de la decadencia. Quizá todo cuanto veo a mi alrededor, inclu-

so aquí, no sea sino el signo, el anuncio precursor de una conmoción sin precedentes.

Es cierto que en la capital se habla mucho, desde hace algunos años, de decadencia. Pero, ¿cuándo no han hablado los hombres de decadencia? Toda historia del género humano se presenta siempre como una suerte de corrupción de un origen dorado y casi divino. Los lejanos y felices tiempos de oro —tanto más felices cuanto más lejanos— se transmutan en ásperos tiempos de bronce y éstos, a su vez, se corrompen en lacerantes tiempos de hierro. Es imposible no pensar que tal vez hayamos habitado siempre en tiempos féreos. En ese caso la nostalgia del oro sería la nostalgia de lo que nunca fue —una nostalgia que, no obstante, nos ayuda a caminar en las sombras, pues iza la bandera de la esperanza.

Con todo, los patricios creen posible racionalizar la decadencia, atribuirla a causas concretas: la descomposición de las jerarquías, la agonía del espíritu, el descrédito de los viejos valores, la disolución de los linajes, la emancipación de servidumbres físicas como la maternidad, el abandono de la fe tradicional, la ruptura del hilo que une a las generaciones, la irrupción masiva de nuevas almas que en su búsqueda de fortuna actúan como la langosta que en plaga asola los campos... Curiosamente, todas estas cosas, cuyo advenimiento se considera propiamente fatal, se presentan empero como señales de progreso, al menos la primera vez.

*

Noche sin luna y despejada. El momento apropiado para gozar de la queda sinfonía de luz que las estrellas y los planetas nos ofrecen. El Maestro nos ha hecho salir al oscuro patio de armas, nos ha dispuesto en círculo y, sentados, nos ha invitado a mirar hacia occidente. Dice que desde hace muchos siglos no se producía un alineamiento de planetas como el que ahora preside nuestro cielo; dice que tendrán que pasar otros muchos siglos para que semejante fenómeno se vuelva a repetir. Los antiguos atribuían a tales conjunciones un signo de mal agüero; los modernos negaron a esa interpretación toda verosimilitud. Sin embargo, vivimos rodeados de lóbregos presagios, y ello incluso al margen de la conjunción de planetas. Tras varias horas de contemplación del firmamento, el Maestro ha despedido la lección de Cosmología con una sentencia de Nigromontano, una frase desdeñosa hacia esas gentes que hacen caso omiso de los signos que escriben las estrellas, pero creen a pies juntillas lo que viene escrito en los periódicos. Cada época tiene la superstición que merece.

*

Llegan noticias alarmantes del mundo exterior. Finalmente la bomba ha explotado. Esto venía percibiéndose como inevitable desde muchos decenios atrás; quizá demasiados, hasta el punto de haber persuadido a algunos de que tal cosa jamás tendría lugar. Pues bien, he aquí que el momento ha llegado. La tragedia se ha producido en latitudes muy lejanas, más allá del mar. Así, los efectos de la radiación no llegarán hasta nosotros sino de forma muy atenuada. Eso, en todo caso, es pobre consuelo desde el momento en que el mundo se ha hecho uno, y uno es el hombre que lo habita. Tal vez no lleguen hasta nosotros las olas radioactivas, pero sin duda nos alcanzarán en forma de trastornos interiores. El mal es una onda que, una vez desencadenada, no se detiene jamás.

Por la tarde, un emisario del orden civil ha hecho entrega al prior de un comunicado para su lectura pública. Levanta acta de los sucesos ya conocidos, llama a la calma y recomienda confianza en las instituciones. El Maestro ha leído el comunicado sin hacer comentarios. Después ha dirigido las preces.

*

En la sesión de lenguas muertas. Lo más llamativo de ellas es que siguen diciendo algo. Por eso en el mero enunciado de esta materia, «lenguas muertas», hay una contradicción elemental: en realidad nunca han muerto —si acaso han pasado a una vida distinta, del mismo modo que los monumentos funerarios continúan viviendo tras la muerte de su inquilino—. Así ocurre con estas viejas lenguas de pueblos ya desaparecidos. No morirán, al menos, mientras haya algún humano sobre la Tierra capaz de descifrar sus mensajes. Y aún más: quizá sus mensajes sobrevivan, vagabundos en algún estrato por debajo o por encima de la conciencia, incluso después de que el último humano se extinga, como esas ondas errantes por el espacio sideral que todavía nos hablan de la primera gran conmoción de la materia.

El hermano Panadero ha traído un rumor llamativo: en el mismo momento en que la bomba explotaba más allá de los mares, decenas de miles de personas se entregaban a una orgía de violencia en la capital. Se habla de miles de muertos y de graves estragos. La causa parece haber sido un enfrentamiento entre seguidores de distintos ídolos del espectáculo. Toda religión tiene sus guerras, y era inevitable que estas religiones de rango inferior, nacidas al calor del consumo masivo de emociones, recorrieran el mismo camino. Ese rango inferior explicaría también las abominaciones a las que, según refirió el hermano Panadero, se han entregado las turbas. Con todo, lo más impresionante es que el tumulto homicida haya estallado en el mismo instante, precisamente en el mismo, en el que se ejecutaba otro homicidio masivo en el lado opuesto del mundo. La chusma desatada no podía conocer lo que simul-

táneamente estaba pasando en los campos de batalla de las antípodas —no podía conocerlo y, sin embargo, es posible conjeturar que secretamente lo sabía, como los animales barruntan a distancia la lejana presencia del fuego.

Después de que el Panadero relatara estas noticias, pequeños grupos de novicios han comenzado cuchichear entre sí. De nuevo he percibido brillos torvos en los semblantes, incluso durante la colación en el refectorio. La onda del mal ha enviado a sus primeros emisarios. Cabe prever que pronto comparecerá en toda su letal magnificencia.

*

Nigromontano consideraba que el arco y la bóveda son la mejor expresión arquitectónica de la espiritualidad. Hizo construir este monasterio como manifestación de esas convicciones. El Fundador creía que la tierra estaba preñada de espíritu, y en el arco y la bóveda veía los instrumentos que recogían el espíritu del suelo, lo elevaban hacia lo alto y lo devolvían después, purificado, a su punto de partida. Todos los espacios que aquí habitamos han sido concebidos para repetir una y otra vez esa idea: las celdas de monjes y novicios, las aulas donde se imparte doctrina, el refectorio, también las galerías que comunican las distintas alas del cenobio, incluso las modestas estancias que albergan al ganado y las reservas de víveres, o el invernadero, que es una gran bóveda acristalada de cañón. La intención de Nigromontano era que cada paso, que cada instante, que cada mirada fuera una oración que repitiera el tránsito esencial del espíritu, de la tierra al cielo y del cielo a la tierra. Visto desde el exterior, el monasterio es una sucesión de cúpulas, unas más grandes y otras más pequeñas, enlazadas entre sí por galerías abovedadas. Incluso la torre que se alza en el centro del plano, nuestra torre del homenaje, no culmina en aguja, sino en redonda cúpula. Y dentro, bajo el espacio semicircular de cada cúpula, flotan las oraciones de los fieles, como mensajes inmarcesibles, para convertir a esta casa en un espacio eterno de mediación entre el mundo de los hombres y el mundo de los dioses.

Hace cinco veranos que franquéé por vez primera las puertas de esta casa; un mozalbete atemorizado que buscaba algo en su propio interior. No creo haberlo encontrado. Pero sí me han enseñado a encontrarlo todo en el exterior: estos arcos, estas bóvedas...

*

Velada en la sala de proyecciones. El prior nos ha convocado para contemplar las primeras imágenes de la hecatombe nuclear. Una aeronave captó a gran distancia la explosión; después se estrelló a su vez, pero las imágenes ya habían llegado a su destino —prodigio del satélite, que proyecta la vida al otro

lado de la muerte—. Esa explosión tiene algo de la cólera divina: es una luz tan intensa que forzosamente hace pensar en medidas sobrehumanas. También es divina la solemnidad con que se hace presente: un primer y súbito fulgor, cegador, pero limitado, que después se amplía implacable entre nubes de gas letal y finalmente irradia en todas direcciones un calor abrasador y mortífero, hasta cubrir todo el horizonte con un mensaje inequívoco de universal extinción.

Lo que alimenta los peores presagios es que este episodio decisivo haya tenido lugar en una guerra irrelevante entre dos pueblos igualmente irrelevantes en la balanza del poder. El mayor peligro siempre está en lo imprevisible. Todos los esfuerzos de las grandes potencias por controlar el Arma por antonomasia, esfuerzos mejor o peor intencionados, quedan ahora reducidos al rango de simples anécdotas. A partir de este momento, *cualquiera* queda legitimado para asestar *cualquier* golpe. Nadie podía sospechar que la fanfarria fúnebre del ocaso se entonara con trompetas tan modestas. Y sin embargo, cualquier instrumento basta cuando se posee la voluntad de hacer sonar la melodía definitiva.

*

Sesión de artes marciales. Messire Paulus se planta en el centro de un círculo imaginario, extiende los brazos y reta a los novicios. Inevitablemente, todos, también los veteranos, morderemos el polvo. Messire Paulus es un luchador. Lo es de manera espontánea y franca, como una potencia de la naturaleza; ésos son sus talentos. Nunca ha sido y nunca será un sacerdote: le sobra temperamento, vehemencia, fuerza vital. Uno se lo imagina perfectamente en un cuadro de viejos lansquenets, en alguna taberna tan jovial como sordida, con el gorro ladeado y los grandes bigotes húmedos de cerveza, cantando tonadas procaces en honor de damas de dudosa reputación. Un día se propuso una meta superior: luchar contra sí mismo. «Nadie puede legítimamente triunfar si antes no se ha vencido a sí mismo», dice con frecuencia. Luego sonrío, burlón, y añade: «Yo no lo he conseguido; por eso no paro de combatir». Y, en cierto modo, ésa es la historia de su vida: incapaz de dominar a los demonios que bailaban en su pecho, un día descubrió que sólo en la lucha obtenía un control sereno de sus pasiones; desde ese momento, para messire Paulus cada combate fue una oración, y cada oración, un combate. Vive fuera del monasterio, nadie sabe bien dónde. Sólo acude aquí para orar, es decir, para pelear. Su misión consiste en ayudar a los hermanos a saltar hasta su lado de la frontera. En la disciplina monástica, el novicio aprende a dominar su alma, pero le falta la destreza del cuerpo. Messire Paulus, en perpetuo conflicto con su propia alma, domina, sin embargo, los movimientos de su

cuerpo con precisión de relojero. Así aporta al noviciado un precioso tesoro de fuerza elemental.

*

Visita de un patricio de la capital. Quería intercambiar impresiones con el prior. Llamativamente, el visitante traía junto a sí a un testigo, lo cual da fe de hasta qué punto ha crecido la conciencia del peligro en el círculo del poder. En correspondencia, el prior ha pedido que compareciera otro testigo por nuestra parte. A mí me ha cabido ese honor.

El patricio es un magnate de alta alcurnia. Un hombre maduro, con el cráneo rotundo enteramente rasurado, de maneras afables y quizá algo distantes. Viste un sencillo uniforme gris oscuro, sin alardes, tan sólo con una cruz azul colgada del cuello. Unas pequeñas divisas doradas sobre los hombros anuncian discretamente su rango. El testigo es una mujer; ya no joven, pero hermosa, con el cabello rojo recogido sobre la nuca. Viste una severa túnica blanca, de corte austero, sin más relieve que una pequeña insignia, semejante a un cristal de roca, en el centro del pecho. No parece que exista entre ambos ninguna relación de tipo afectivo; el lenguaje de los cuerpos lo habría delatado. Ella se mantiene callada. Sólo habla él. He prometido guardar silencio sobre sus palabras.

Tras la entrevista, el prior ha ordenado poner al día las reservas de víveres. También ha hecho llamar al Maestro a cuyo cuidado se hallan las armas; a solas, le ha comunicado ciertas instrucciones.

*

Lección de música. El maestro Alanus dirige los oficios. Su principio rector es la célebre sentencia de Nigromontano: «Todas y cada una de las notas posibles de todos y cada uno de los instrumentos existentes se hallan presentes, en latencia, dentro de todos y cada uno de nosotros». El ejercicio consiste en acompañar el propio interior de modo tal que, al escuchar una nota, nuestro corazón vibre como una caja de resonancia. Se precisa una cierta concentración y sincera capacidad de entrega: el espíritu ha de estar no sólo preparado, sino también dispuesto a recibir. Alanus pulsa la cuerda de una cítara; los novicios hemos de sentirla dentro. Así va pulsando una tras otra, con lentitud, hasta que todos estamos volcados en la música. Mientras tanto, Alanus ha ascendido un peldaño dentro de sí: una rara fijeza se ha apoderado de su mirada, quieta como la de una serpiente desamparada. Cuando el Maestro estima que su auditorio está *en consonancia*, entonces lanza hacia el exterior ese peldaño que ya ha subido y nos invita a franquearlo con él: pasa de las notas aisladas a la composición melódica. Cada breve composición resuena

en nuestro interior y suscita imágenes sonoras de mundos distintos. El Maestro sube otro peldaño al cerrar los ojos: viola la armonía y la convierte en caos, una catarata absurda de sonidos que sin posible acorde chocan entre sí. El alma del novicio se puebla de espectros venidos desde el mundo inferior. Después Alanus se pone en pie y danza; ahora la música ha vuelto a la armonía, al acorde perfecto, al sentido. Un intenso alivio desciende sobre nosotros. Finalmente se hace el silencio: el Maestro se sienta, repliega su cuerpo sobre sí mismo y permanece inmóvil. El vacío dura unos minutos. Un vacío cargado de sentido, porque ha sido habitado por la música. Se trata de que el novicio sepa reconocer a los espíritus que perviven, como flotando, en ese vacío. En el encuentro con tales formas se aprehende la esencia íntima de conceptos determinantes: el orden y el caos, la totalidad y la nada, la belleza y la degeneración. El propósito de Alanus no es enseñarnos a tocar instrumentos, sino introducir en nuestra entraña más recóndita la intuición espontánea de lo bello; adiestrar el alma a través de una delicada hazaña de la sensibilidad.

*

Como los maderos que llegan errantes a la costa después de un naufragio, así decenas de miles de almas llegan en estos días a la Ciudad. Vienen empujadas por la guerra y la desolación. La onda expansiva de la bomba no sólo ha liberado energías físicas fuera de control, sino que también ha desplazado con su choque a estos racimos de humanidad que acuden en busca de refugio, de alimento, de algo a lo que poder llamar vida. Se los ve arribar a los puertos, vomitados en miríadas por el vientre de los grandes buques, y también formando largas caravanas en las carreteras, a bordo de todo género de vehículos atestados no sólo por familias enteras, sino también por los más llamativos enseres. Así debieron de ser en otro tiempo los vastos y exasperados movimientos de los pueblos del mar o las lentas y largas cabalgadas de los nómadas de las llanuras infinitas. Como entonces, también ahora se percibe la amenaza a su paso. No asolarán la campiña bajo los cascos de sus caballos ni saquearán los puertos donde sus naves fondean, porque vienen en son de paz. Ahora bien, la paz o la guerra no es ya algo que dependa de ellos, ni tampoco de quienes, en la Ciudad, los miran con recelo. Sencillamente, es cuestión de espacio: no hay sitio para todos —pero el ser humano tiende, por naturaleza, a ocupar todo el espacio del que dispone—. El conflicto es inevitable. Eso confirma los temores expuestos por el honorable patricio de la capital.

*

Jornada de guardia. Este tipo de servicios se ha redoblado desde la visita del insigne patricio. También han crecido en rigor: la dotación de municiones es más numerosa, como más numeroso es el contingente de hermanos que custodia las garitas, la vista fija en el exterior. Nigromontano concibió esta orden como una milicia; por eso buscó instalar el monasterio en una vieja fortaleza militar. El puesto que hoy me ha tocado en suerte es relativamente cómodo: el observatorio elevado que se alza sobre uno de los torreones que flanquean la entrada. Desde aquí es posible captar, de un solo vistazo, la fortificación en su conjunto. La planta octogonal del plano señala, en cada vértice del perímetro, puestos de vigilancia concebidos no sólo para la defensa, sino también para el ataque. Desde cada uno de esos puestos, un corredor cubierto, abovedado, conduce a una segunda línea interior, igualmente octogonal, también protegida por garitas, éstas sí esencialmente defensivas. Bajo la protección del segundo recinto amurallado se despliegan los edificios que alojan nuestras vidas: la capilla, los dormitorios, el refectorio, las salas de estudio, también los barracones de la intendencia. Los paseos de meditación se realizan entre las dos líneas fortificadas, que son nuestro claustro. Con esa proximidad física entre la oración y la guerra, Nigromontano quería subrayar la inminencia inevitable de la muerte y la presencia cotidiana del combate. Ésa es también la razón de que la formación que el novicio recibe en esta casa sea, en sus dos primeros años, casi íntegramente militar, con agotadoras jornadas de equitación y de esgrima; sólo a partir del tercer curso predominan netamente los contenidos destinados a la formación espiritual, y en el quinto curso, que es el último, las actividades de tipo militar desaparecen casi por completo. Únicamente circunstancias excepcionales, como las que el mundo exterior está viviendo estos días, obligan a que los más veteranos empuñemos de nuevo las armas.

Desde mi atalaya diviso no sólo la planta íntegra del monasterio fortificado y sus cien cúpulas, sino también el exterior en varios kilómetros a la redonda: anchas praderas tienden su verdor sobre un terreno suavemente ondulado, habitualmente desierto, sin más presencia que la serpiente dormida de la carretera. Los días particularmente claros es posible percibir, hacia el oeste, la silueta oscura de la capital, siempre lejana, protegida por un gran valle natural, y hacia el sur, las más próximas cabañas de los últimos campesinos —un escenario que me inspira sentimientos encontrados—. Pronto me llegará la hora de abandonar estos muros y tendré que encaminar mis pasos hacia la ciudad o hacia el campo. Aguardo con inquietud ese momento. No deja de atraerme la aventura que sin duda significará esa salida al mundo exterior; pero, por otro lado, me apena profundamente dejar un hogar que ha empapado por completo mi alma. A otros hermanos se les ha

concedido la posibilidad de permanecer aquí dentro, entregados al servicio a la comunidad; a mí, no: el prior ya me ha hecho saber que mi puesto está ahí fuera. Con sinceridad, no imagino mi vida en la capital, entre las muchedumbres; ni siquiera en la campiña, entre ganaderos y labradores. Es verdad que siempre podría encaminarme hacia las montañas del norte y vivir allí como solitario eremita, o buscar nuevo acomodo en las escuelas espirituales que florecen hacia el oriente. Quizá debiera ir pensando en tomar la decisión. Pero tal vez sea mejor obedecer a la inspiración del momento: que en ese instante supremo sea el viento quien guíe mis pasos.

*

El rasgo más notable de nuestro prior es que nadie conoce su nombre. Dicen que él besó la mano de Nigromontano y que bebió directamente de sus enseñanzas. Es un hombre tan anciano que parece haber escapado del tiempo, y tan sabio que parece haber escapado de la humanidad. Su figura pequeña, envuelta en el perenne sayón azul, recorre los claustros o dirige las preces con una perfección que se diría necesaria, de sobrehumana precisión. Se mueve con una soltura extraña, casi aérea, pero también laxa, como si sus miembros viejos y gastados hubieran adquirido una cualidad distinta a la de lo sólido. Sus ojos oscuros y a la vez luminosos —sólo en el ojo humano habita a veces ese prodigio— atraen la atención y subyugan la voluntad con una suerte de autoritaria mansedumbre. El cráneo rasurado en signo de humildad navega sobre la azul túnica con suavidad milagrosa. Siempre ha sido el prior. Y, en su caso, ese «siempre» quiere decir exactamente eso, del mismo modo que la torre del homenaje ha presidido siempre el patio de armas del monasterio, y del mismo modo que siempre el cielo ha sido el mismo sobre estos muros. Se hace imposible pensar que un día el prior vaya a faltarnos. Sin embargo, lleva toda su vida preparándose para afrontar el momento de la muerte. Por eso es prior.

*

En la capital prosiguen los disturbios. Parece que se ha ascendido un grado en la escala del terror: se habla ya de muertos en las calles, y las turbas, que hasta ahora se agitaban sin dirección, han concentrado sus iras en la elite gobernante, en los patricios, a quienes culpan de todos sus males.

El orden hasta hoy vigente se ha sostenido sobre la base de una concepción trágica de la vida. Nuestras elites lograron, no sin pugnas feroces, dejar atrás el sueño de Fausto: renunciaron a utilizar todo el poder del que disponían y sometieron las posibilidades de la técnica a los dictados del espíritu. En otros términos, volvieron a encadenar a Prometeo y expiaron aquel peca-

do de desmesura que fue el robo del fuego divino. Así se puso fin a un largo período en el que las entrañas de la Tierra, las entrañas de la vida misma, se habían convertido en titánico taller incesantemente sacudido por el trabajo de los hombres. Pero también se impuso al mundo una ley férrea de contención, de sujeción, de abstinencia; por así decirlo, el triunfo sobre la técnica exigía marchar pisando el freno. Pues bien: son todos esos frenos los que han saltado de nuevo bajo la presión de las masas. Y no es un azar que hayan saltado en el preciso instante en que una explosión nuclear arrasaba otras latitudes donde la técnica aún imponía su dominio —apoteosis del fuego robado—. Sin duda esas muchedumbres demenciales que se agitan asolándolo todo a su paso no saben lo que están haciendo, pero en realidad están limitándose a cubrir un nuevo ciclo cósmico: liberar una vez más a Prometeo.

En el hecho de que el freno haya saltado tiene que haber influido también una circunstancia inevitable: el debilitamiento de la disciplina entre los propios patricios. En situaciones de ese género siempre hay alguien que se pregunta si acaso la sujeción de la técnica no estará llegando demasiado lejos, si acaso no sería conveniente relajar la mano que sujeta las riendas. El argumento de convicción que se emplea en tales casos circula habitualmente por la senda de la filantropía: a cambio de aflojar la tensión se promete un mayor bienestar para las masas. En un determinado momento se constata que ese bienestar no llega, pero para entonces los caballos ya se han desbocado. Todo sería más sencillo si en aquel argumento filantrópico no hubiera una parte de verdad.

*

En este cenobio no ignoramos las comodidades que procuran los aparatos técnicos, pero Nigromontano estimaba que nadie está en condiciones de utilizar la técnica, sin peligro, si antes no se ha demostrado a sí mismo que puede prescindir de sus servicios. La técnica representa la perfección en el dominio de la materia; la doctrina de Nigromontano asevera que tal dominio sólo es válido si antes se ha alcanzado el dominio de sí, vale decir, el dominio del espíritu. De ahí que todo en nuestra vida cotidiana, aquí, entre estos muros, rezume un sabor añejo, a veces ancestral y hasta intempestivo: la ausencia de aparatos electrónicos, la calefacción con leña y agua, la comunicación con papel y tinta, el aseo a navaja, la iluminación con viejas lámparas de sebo y cera... Lo que hay al fondo de esta vida primaria es un imperativo semejante al que inspira a nuestras élites políticas: la serenidad para con las cosas, para con la materia; evitar que los aparatos nos dominen. La gran diferencia estriba en que nosotros, aquí, podemos ejercitarnos en tal serenidad sin mayores consecuencias, porque nuestra forma de vida descansa sobre